

Souday en manifestación de mi profunda gratitud por el noble y hospitalario recibimiento con que nos han honrado.—Mil gracias, señor general, contestó Berta; creed que mi hermana y yo nos congratulamos de vuestra visita y de merecer vuestro agrado al conformarnos con la voluntad de nuestro padre.—Lo cual significa, añadió sonriendo el general, que sólo nos ponéis buen gesto por mandato superior, y que por lo tanto sólo debemos estar agradecidos al marqués vuestro padre. Sea en buen hora: pláceme esa franqueza militar, que me haría pasar del campo de vuestros admiradores al de vuestros amigos, si no fuese un obstáculo la escapela que llevo.—Los elogios que acabáis de dispensarme me animan para hablar con entera sinceridad, y os confieso que no son sus colores los que más me agrada ver en la divisa de mis amigos; pero si en algo apreciáis este título, no han de impedirme otorgárselo, pues cuento que quizás algún día los trocaréis por los míos.—General, dijo de pronto el marqués rascándose la oreja, vuestra observación era muy acertada, pues me veo apurado para contestar á vuestro brindis. ¿Estáis casado?

El general quería apretar al señor de Souday.

—Nó, contestó.—¿Tenéis hermanas?—Tampoco.—¿Madre, quizás?—Sí, contestó el general sonriendo al verle caer en el lazo; mi madre es la Francia, nuestra madre común.—¡Magnífico! Brindo por la Francia, y por que vea prolongarse los ocho siglos de gloria y grandeza que sus reyes le han dado.—Permitidme que añada, y el medio siglo de libertad que le han dado sus hijos.—Eso es ya no sólo una adición, sinó una modificación, contestó el marqués, añadiendo después de una corta pausa: ¡Qué diantre! Acepto: blanca ó tricolor, Francia siempre será Francia.

Chocaron todos los vasos, y hasta Lorient, arrastrado por el ejemplo del marqués, aceptó el brindis de éste con la modificación del general, apurando de un sorbo el contenido del suyo. Entonces la conversación fué animándose gradualmente, y á tal punto llegó á las dos terceras partes de la comida, que Berta y Mary no juzgaron prudente permanecer á la mesa por más tiempo y salieron del comedor. Como el notario según trazas había venido tanto para hablar con las señoritas como con el marqués, levantóse también y siguiólas.

XXXI

DONDE NO VAN LAS COSAS COMO MARY Y MICHEL CREYERAN

Entraron en el salón las dos jóvenes, y tras ellas el señor Lorient haciendo profundas reverencias y restregándose alegre las manos.

—¿Qué pasa, señor notario? le dijo Berta; parece que estáis muy gozoso.—Señoritas, contestó el curial á media voz; he hecho cuanto he podido para coadyuvar el ardid de guerra del señor marqués, y espero que en caso necesario haréis otro tanto.—¿De qué ardid queréis hablar? contestó riendo Mary; ni Berta ni yo os comprendemos.—¡Cáspita! ¿Qué sé yo? Sin embargo, creo que sus razones tendrá el señor marqués para tratar como antiguos amigos, y aun mejor, á esos soldadotes que tan afablemente ha hecho sentar á su mesa. Me parece tan extremada su amabilidad por los seides del usurpador, que no he podido menos de figurarme que tiene algún fin oculto.—¿Qué fin queréis que tenga? preguntó Berta.—¡Cáscaras! el de inspirarles mucha confianza para quitarles todo recelo y hacerles sufrir la suerte de....—¿De quién? Sepamos.

El notario hizo ademán de cortar una cabeza.

—¿De Holofernes tal vez? exclamó Berta riendo á carcajadas.—Justo, dijo el señor Lorient.

Mary entonces se echó á reír como su hermana. Ambas se divirtieron sobremanera con la donosa suposición del buen notario.

—¿Es decir, dijo Berta al cabo de un rato; es decir que nos destináis el papel de Judit?—En verdad....—¿Sabéis que si mi padre estuviese aquí quizás llevaría á mal que nos creyeseis capaces de desempeñar un papel que me parece sobrado bíblico? Pero perded cuidado, nada le diremos al general, á quien de seguro no lisonjearía mucho el entusiasmo con que aceptabais de antemano nuestro heroísmo.—Señoritas, contestó abochornado Lorient, dispensad si mi

ardor y mi repugnancia por los partidarios de las nuevas doctrinas me han llevado demasiado lejos en mis suposiciones.—Estáis perdonado, señor Lorient, respondió Berta, quien á causa de su carácter franco y leal era la que había dado más lugar á las sospechas de Lorient, y por lo tanto la que más resentida debía estar; estáis perdonado; pero á fin de que en adelante no volváis á incurrir en tan graves suposiciones, os pondré al corriente de la situación. El general Dermoncourt á quien miráis como un Antecristo, no ha venido al castillo con otro objeto que con el de practicar en él algunas pesquisas como lo ha hecho en todos los de estos alrededores.—Entonces, replicó el notario que cada vez comprendía menos lo que pasaba, ¿por qué se les trata con tanta... esplendidez? La ley es categórica.—¿La ley?—Sí tal: la ley prohíbe á los magistrados, empleados civiles y militares encargados de ejecutar alguna orden judicial, el tomar, arrebatar ó apropiarse otros objetos que los en ella comprendidos; y ¿qué hacen esos tunantes con los manjares y vinos de la mesa del señor marqués? Se los a...pro...pian.—Sin embargo, dijo Mary, me parece que mi padre es muy dueño de convidar á quien le acomode.—Hasta á aquellos que vienen á ejercer... á representar en su casa un poder tiránico y odioso; permitid que lo extrañe y lo atribuya á un plan más ó menos maquiavélico.—Es decir que creéis ver aquí un secreto que tratáis de descubrir, ¿no es eso?—¡Por Dios, señorita!—Sea como fuere, yo os lo confiaré si os empeñáis en ello; pero vos me diréis por qué para encontrar al barón de la Logerie habéis venido al castillo.

Había pronunciado Berta con tal firmeza estas palabras que el notario se turbó al oírlas. En tanto Mary tomaba del brazo á su hermana apoyando su hechicero rostro en el hombro de esta, y miraba fijamente á Lorient esperando su respuesta con visible curiosidad.

—Sea, dijo el notario, puesto que deseáis saberlo, os lo diré.... Mas se paró como pidiendo que le animasen para continuar. Comprendió Berta el significado de su reticencia, é hizo una seña con la cabeza. Entonces añadió Lorient:

—He venido á este sitio con preferencia á otro cualquiera porque la señora baronesa de la Logerie me dijo que aquí es donde probablemente se encontraría su hijo.—¿En qué fundaba la baronesa semejante suposición? preguntó Berta con la mirada fija y el acento firme de costumbre.—Seño-

rita, contestó el notario muy turbado, no sé en verdad si después de lo que he dicho poco há á vuestro padre me atreveré á proseguir á pesar de la recompensa que me ofrecéis.—¿Por qué nó, señor notario? dijo Berta; ¿queréis que os ayude á ello? Lo ha dicho porque, como vos manifestasteis hace un rato, cree que el objeto del amor de su hijo está en el castillo de Souday.—Es cierto.—Corriente; pero lo que yo quisiera saber es el modo de pensar de la señora baronesa respecto de este amor.—Tengo que confesaros mal de mi grado, señorita, que no es por cierto muy favorable.—¡Buena! contestó riendo Berta; hé aquí un punto acerca del cual la baronesa y mi padre están acordes.—Sin embargo, dijo recalcando las palabras el notario, el señor de Michel será mayor de edad dentro de algunos meses, y por consiguiente dueño tanto de sus acciones como de sus grandísimas riquezas.—Si es dueño dentro de poco de sus acciones, mejor para él; para mucho puede servirle.—¿Para qué? preguntó socarronamente el notario.—Para rehabilitar el nombre que lleva y borrar los funestos recuerdos que dejó su padre en este país. En cuanto á sus riquezas, si fuese yo la persona á quien el señor de Michel honra con su cariño, le aconsejaría que usase de ellas de tal modo, que al cabo de algún tiempo no había de haber en el país un nombre más respetable ni más respetado que el suyo.—¿Qué le aconsejaríais? preguntó atónito Lorient.—Que las devolviese á aquellos á quienes según se dice las quitó su padre y restituyese á sus primitivos dueños los bienes nacionales que él compró.—Entonces labraríais lisa y llanamente la ruina del que tendría el honor de amaros, contestó el notario lleno de estupor.—¿Qué importa? ¿No le quedaría por ventura la consideración de todos los hombres honrados y el cariño de la mujer que le hubiese aconsejado este sacrificio?

En esto Rosina asomó la cabeza al dintel de la puerta, y dijo sin dirigirse á ninguna de las hermanas:

—Señorita, ¿queréis tener la bondad de oír dos palabras?

Berta deseaba continuar la conversación con el notario, ansiosa como estaba de enterarse de los sentimientos que la baronesa de la Logerie abrigaba contra ella, aun más tal vez que de los que su hijo la profesaba; y como se complacía en hablar, aunque vagamente, de los proyectos que desde hacía algún tiempo formaban el tema invariable de sus meditaciones, dijo á Mary que fuese á verse con Rosina; mas Mary

no salía del salón sinó mal de su grado, espantada al ver hasta qué punto había crecido en pocos días el amor de Berta á Michel: las palabras de su hermana la herían el alma, y segura de que el barón la amaba á ella sola, pensaba con terror en la aflicción de Berta á la hora de su desengaño; además, como á pesar del gran cariño de Mary por su hermana, el amor la había infundido un tanto del egoísmo inherente á este sentimiento, alegrábase aquélla de lo que oía, reservándose el papel que para la amada de Michel trazaba Berta. Así es que esta hubo de decirla por segunda vez que fuese á ver lo que Rosina quería.

—Vé, querida, y prepara el aposento del señor Lorient, pues no extrañaría que con esta confusión nadie hubiese pensado en ello.

Acostumbrada como estaba Mary á obedecer á su hermana, salió sin replicar, y encontrando á Rosina junto á la puerta, la preguntó:

—¿Qué ocurre?

Rosina no contestó, y cual si temiera ser oída desde el comedor, donde el marqués estaba relatando la última jornada de Charrette, asió á Mary del brazo, y llevándola á la otra parte del vestíbulo, la dijo debajo de la escalera:

—Tiene hambre, señorita.—¿Hambre?—Sí; acaba de decirme.—¿De quién hablas? ¿quién tiene hambre?—El pobre mozo.—Pero ¿qué mozo?—El Sr. Michel.—¿El Sr. Michel está aquí?—¿No lo sabíais?—Nó.—Hace dos horas que entró en la cocina, antes de llegar los soldados.—¿No se fué con Petit-Pierre?—Nó.—Y ¿dices que entró en la cocina?—Sí; estaba tan rendido que daba lástima. Sr. Michel, le dije, ¿por qué no vais al salón?—Porque no me han convidado. Y quería marcharse á Machecul, decidido á no volver á la Logerie, pues parece que su madre intenta llevarle á París; yo no le he dejado salir.—Bien hecho, Rosina. Y ¿dónde está?—En el cuarto de la torrecilla; como los soldados ocupan los bajos de ella y ahora sólo se puede entrar por el corredor que hay al extremo del granero, vengo á pedirlos la llave.

El primer impulso de Mary fué avisar á su hermana; mas luego cedió al menos generoso de ver á Michel antes que ella, mayormente cuando después de entregar la llave á Rosina la contestó ésta:

—Os suplico que me acompañéis, señorita; hay tantos hombres en el castillo que no me atrevo á subir sola; á vos

todos os respetarán.—¿Y las provisiones?—En este cesto.—Pues adelante.

Y así diciendo subió Mary la escalera con la ligereza de los corzos que perseguía en la selva.

XXXII

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al llegar al segundo piso detúvose Mary ante el aposento de Juan Oullier, tomó una llave, abrió una puerta que comunicaba con una escalera de caracol, por la cual se subía á lo alto de la torrecilla, y adelantándose á Rosina que andaba con trabajo á causa del cesto que llevaba, empezó una rápida y peligrosa ascensión por los vetustos y carcomidos escalones. Rosina y la cocinera habían acordado colocar á Michel en el cuarto superior de la torrecilla.

A pesar de la buena voluntad de las dos mozas, era imposible imaginar un albergue más mezquino ni menos idóneo para descansar, pues era una reducidísima pieza donde guardaba Juan Oullier las semillas del jardín y los diversos aperos que le servían para desempeñar sus multiplicadas funciones de factotum. Las paredes estaban literalmente atestadas de habichuelas, berzas, lechugas y cebollas de varias clases, todo puesto á secar con el objeto de que sazanasen las semillas; por desgracia, aquellas legumbres y berzas estaban cubiertas de una capa tan densa de polvo, que bastaba el menor movimiento en el cuarto para llenarse de él. No había otro mueble en el aposento que un banco de carpintero, asiento no muy cómodo, por lo cual el baroncillo no tardó en abandonarlo yendo á descansar en un montón de avena, que por lo raro de su especie había merecido el honor de ser colocada en el granero de las plantas preciosas; y allí, prescindiendo de algunos inconvenientes (cosa inevitable en toda clase de asientos) encontró suficiente elasticidad para dar un momento de reposo á sus entorpecidos miem-